



El Arte del Testimonio



Françoise Perus

oda genuina obra de arte arraiga en una cultura viva, no libresca. Nos entrega un mundo de experiencias y vivencias, de esperanzas y tristezas, y propone una peculiar manera de verlas que no sólo envuelve al lector, sino que lo devuelve a sí mismo y a su propio mundo con otros ojos, más claros y más limpios.

El libro de José de Jesús Martínez, *Mi General Torrijos* (Premio Casa de las Américas 1987), es sin duda un testimonio —y un testimonio privilegiado— pero es también y sobre todo arte. Obra de un escritor no profesional —profesor de filosofía y matemáticas, sargento de la Guardia Nacional panameña y escolta personal del General Torrijos—, contrasta con el penoso libro que sobre el mismo tema y con los mismos protagonistas escribiera años atrás el novelista inglés Graham Greene. Tan penetrante y agudo siempre que el contexto político evocado lo lleva a reflexionar sobre su propia cultura, en *El General* Greene se perdió en lo anecdótico y superficial y elevó el chisme político al rango de tropicalismo de opereta. No hay en su libro ni penetración ni distanciamiento: sólo el deseo de quedar bien con sus

amigos panameños. Tal vez por lo que el proyecto fraguado entre todos estaba fundamentalmente equivocado: el valor de los líderes políticos latinoamericanos no depende de su «consagración» por parte de intelectuales europeos (por bien intencionados que sean), sino de sus relaciones vivas con su realidad y su pueblo. Es decir con lo que el intelectual europeo por lo general no conoce, ni puede conocer en unas cuantas visitas oficiales.

Estas relaciones con su realidad y su pueblo son precisamente las que se propone restituir el libro de José de Jesús Martínez, no sin interrogarse al mismo tiempo sobre los vínculos reales o posibles entre la cultura de un pequeño país subdesarrollado de la América Central que lucha por su soberanía y la llamada «cultura universal», que en este caso pasa preferentemente por París. (Sabida es la influencia que desde las luchas de Independencia y el Modernismo ejerce sobre la intelectualidad latinoamericana la cultura francesa, o al menos determinada visión de la cultura francesa a la que me referiré más adelante).

Esta doble perspectiva sentada por el libro de J. de J. Martínez no responde desde luego a la sola necesidad de oponer *Mi General Torrijos* a *El General* de Greene. Se inscribe en el largo debate acerca de lo «local» y lo «universal» que por tanto tiempo ha alimentado la producción intelectual latinoamericana, y que no es otra cosa que la formulación y permanente reformulación de una relación objetiva de dependencia de los países latinoamericanos con respecto a los centros hegemónicos del poder económico, político y cultural. Relación objetiva de dependencia que, al proyectar la desigualdad sobre un eje temporal en el que habría países más «adelantados» que otros, convierte para los latinoamericanos la «universalidad», colocada más allá de sí mismos, en un permanente objetivo por alcanzar. Como si la «civilización» (determinada civilización) no produjera *al mismo tiempo* la «barbarie» —y a la inversa— y que el «subdesarrollo» no fuera la contraparte obligada de determinada forma de «desarrollo». En el mundo cada vez más interdependiente de hoy, no hay sino sociedades y

culturas *particulares*, es decir desigualmente regidas por las mismas leyes universales, que actúan contradictoriamente y de acuerdo con las condiciones geográficas, históricas y culturales de cada país. El problema de la superación del subdesarrollo no consiste, por lo tanto, en alcanzar el desarrollo, sino en la apropiación intelectual y práctica de dichas leyes para tratar de revertir la desigualdad heredada y transformar la propia realidad en función de las necesidades y condiciones propias. Sin esta apropiación, que es *al mismo tiempo* la apropiación y transformación de la propia realidad económica, social y cultural, las leyes que actúan para producir *juntos desarrollo y subdesarrollo* no podrán efectivamente sino seguir presentándose como ajenas, o como los oscuros designios de no se sabe qué dioses que condenaron la historia de los pueblos latinoamericanos a no ser más que el espacio sagrado de una interminable serie de trágicas repeticiones circulares. Como se sabe, todos los males —lo mismo que la tan ansiada universalidad— vienen de fuera, y siempre cabe esperar el milagro.

Ahora bien, aun cuando el libro de J. de J. Martínez se inscribe sin duda en este ya largo debate, rechaza en todo momento abordarlo en los términos impuestos desde hace mucho por las ideologías dominantes: no hay aquí la «barbarie» contra la «civilización», la «naturaleza» contra la «cultura», el «atraso» contra el «desarrollo», ni lo «maravilloso de lo mágico-mítico americano» contra el «decadente racionalismo europeo», sino la preocupación constante por despejar una a una todas estas falsas dicotomías y sentar los problemas en otro terreno: el de las modalidades concretas y posibles del proceso de rescate de la plena soberanía nacional en todos los órdenes de la vida económica, política y cultural. Proceso que no puede llevarse a cabo de espaldas a la cultura de los sectores populares, sino que ha de partir de ella y hacer con ella, sin menospreciar por esto las armas de la razón política.

Sin embargo, no por ello *Mi General Torrijos* se convierte en una árida exposición de las ideas sociales y políticas de quien fuera sin duda una figura cimera de la

reciente historia de Panamá. Y tampoco responde al afán de restituir La Verdad (así con mayúsculas) del General que su escolta personal fuera el encargado de custodiar. La idea de verdades acabadas y encarnadas en seres de excepción es por entero ajena al pensamiento de José de Jesús Martínez. El suyo es pensamiento en acción y, por ello, lo que nos ofrece es testimonio y memoria viva, y primero que nada la historia de una amistad entre dos hombres hermanados, por encima de la diferencia de rango militar, por circunstancias, tareas y responsabilidades a la vez comunes y distintas. Y si excepción hay en ello, no se debe a la importancia de los protagonistas, sino lisa y llanamente a la calidad humana de uno y otro. En el diálogo cotidiano de estos dos hombres, y de cada uno con su entorno social, lo que el lector descubre es ante todo la hermandad en el trabajo, es decir una relación como la que cualquiera de nosotros puede vivir, con tal —claro está— de rebasar el egoísmo vegetativo, de tener presentes unos valores y unos objetivos un tanto firmes, de movilizar la propia sensibilidad en la inteligencia de la «verdad íntima» del otro y de aprender a respetar hasta lo que nos duele o no entendemos, al menos momentáneamente.

Esta dimensión primordial del libro no quita desde luego el que la relación entre el Sargento Martínez y el General Torrijos sea, hasta cierto punto, una relación fuera de lo común, por estar vinculada con los grandes asuntos de la política nacional e internacional de su país, y por orientarse hacia la búsqueda de otra «verdad» más amplia, de carácter social, ideológico y político. Sin embargo, ni lo uno ni lo otro conduce al mesianismo o a la tentación de colocar a los protagonistas del relato en un pedestal, desde el cual estuvieran apelando a la identificación de los fieles. Al no desvincular la «verdad social» de la «verdad íntima», y al colocar a ambas en el ámbito de la actividad primordial del hombre —el de su trabajo cotidiano y de las múltiples relaciones, permanentes o pasajeras, que éste genera—, el relato logra mostrar de qué manera una y otra «verdad» permean, sin confundirse, todos los ámbitos de nuestra vida, y se complementan para hacer de nuestras relaciones personales relaciones más amplias y profundas, más lúcidas y sensibles, es decir

más humanas y duraderas. Así, y a partir del esclarecimiento constante de la compleja relación entre «lo público» y «lo privado», el lector se verá confrontado, con humor, con rabia y con mucha bondad contenida, no sólo a la amistad, al trabajo o a la política, sino también al amor, a la muerte y al sentido último de la vida. Y todo ello con la inconfundible savia y sabiduría de quien se sabe y se quiere pueblo.

Desde el punto de vista del desarrollo de la narración, el libro arranca con el aterrizaje algo forzoso y doloroso del filósofo y profesor de matemáticas formado en París en la geografía natural y social de un pequeño país subdesarrollado y todavía medio sometido a la dominación colonial —el suyo al fin— y se cierra con el proyectado vuelo del General Torrijos hacia París —en donde los socialistas acaban de llevar a François Mitterrand a la Presidencia de la República—, vuelo trágicamente interrumpido antes de llegar a Coclecito, en donde el General había puesto en marcha un proyecto económico y social piloto. De por medio, una serie de reformas sociales y negociaciones políticas —en lo nacional e internacional— encaminadas a librar a Panamá de la tutela del imperialismo, en las que participan, junto a muchos otros, dos hombres de formación distinta. Por un lado, el intelectual de formación en parte europea y en todo caso académica, y por otro el militar y hombre de acción sin formación universitaria (es decir, libresca), pero dotado de un gran sentido político y práctico, arraigado en la cultura y la experiencia histórica del pueblo panameño. Diferencia fundamental que no implica necesariamente contradicción puesto que ambos recorren más de una vez caminos hasta cierto punto inversos y se encuentran en un terreno y un cielo comunes, pero que permite plantear, en el ámbito concreto de la política (en el sentido más amplio de la palabra) un conjunto de problemas esenciales: el de la vinculación entre la teoría y la práctica y el de la articulación entre la cultura local y la llamada cultura universal, que empalman ambos con el de la separación heredada, entre trabajo manual y trabajo intelectual que, por las razones que evocábamos al principio, adquieren en América Latina determinaciones particulares.

Ahora bien, estos planteamientos de fondo no se traducen nunca en disquisiciones abstractas. Como Greene, José de Jesús Martínez parte siempre de la anécdota, sólo que, a diferencia de su antecesor en el tema, sabe convertirla siempre en situación *concreta*, movilizand o una información precisa, debidamente seleccionada y jerarquizada, para que de ella puedan desprenderse para el lector los múltiples significados implícitos y las proyecciones del suceso evocado. Sin embargo, no es necesariamente en cada situación particular que aquel encontrará reunidos todos los significados y sus múltiples proyecciones. Más allá de lo que, dejándose llevar, podría tomar por la sucesión más o menos deshilvanada de anécdotas, el lector tiene que reparar en los paralelismos, los contrastes y las construcciones metafóricas que el narrador establece entre los diferentes elementos movilizados. A partir del orden cronológico de los sucesos evocados y de la intervención de la memoria que es la que provoca el comentario, la puntada o el paréntesis, la forma de la exposición se apoya en las modalidades del discurso oral de las reuniones «pueblerinas» en donde se comentan los sucesos de la comunidad, y en las que el narrador presupone siempre el diálogo vivo con sus interlocutores y anticipa sus objeciones, sus dudas y sus asentimientos. Esta forma de exposición, hasta cierto punto laxa por ser esencialmente dialógica, no debe, sin embargo, extraviar al lector: se trata finalmente de la trasposición de la oralidad a la escritura, y no hay por tanto en el texto ningún elemento superfluo. Todos concurren, no al establecimiento de verdades definitivas, sino al tendido de una red sutil en cuyo entramado se desdibujan con trazo firme, con soltura y con gracia, todos los problemas fundamentales que se plantean a quien está dispuesto a hacer suyos, con amor y lucidez, pero sin paternalismos ni concesiones benévolas, la cotidianidad y las esperanzas de su pueblo, y a convertirlas en acción.

Naturalmente, dejo al lector «el placer del texto» y los muchos descubrimientos a los que, para su asombro, se verá llevado de la mano. A mí, en lo personal —por francesa, claro está, pero también por algo más—, me

maravilló y me dejó pensando, entre otros muchos descubrimientos, el que un jefe de estado en ejercicio, y militar por más señas, pudiera pasear tranquilamente por el Boulevard Saint-Michel, mordiéndose como cualquiera su pedazo de pan relleno con jamón y queso; y enterarme que, mientras deambulaba así, mascando su pan y aspirando los efluvios intelectuales de la Sorbona, iba soñando con la vida de estudiante que no tuvo (y que yo sí tuve) y añorando los conocimientos a los que no tuvo acceso (y con los que yo no sabía entonces qué hacer). Me asombró el que Pascal (filósofo y matemático como el piloto Martínez, e inventor en mi pequeña ciudad natal de la medición de la presión atmosférica que, sin que él lo supiera, iba a contribuir mucho más tarde a la posibilidad de la navegación aérea), tan austero y lejano para nosotros en la clase de filosofía —jansenista al fin y ligado a la nobleza de toga— pudiera convertirse en Panamá en un hombre llano, cuyos *Pensamientos* adquirían allí el valor del refrán en el cual se expresa la sentencia práctica y cotidiana. Pero lo que más me alegró aún, fue comprobar que París podía *no* ser, para un latinoamericano, la quinta esencia de lo estético separado de toda historia, aquella mezcla indefinida y lujosa de espíritu a la vez aristocrático y burgués, la Meca de los dictadores depuestos y de los intelectuales en vías de serlo, sino precisamente lo mismo que era para mí, aquello que intuyó certeramente el General Torrijos, aunque no lo conociera: *historia acumulada* —vivencia y experiencia colectiva, trabajo, arte y conocimientos allegados—, a los que *también* confiere sentido una larga y firme vocación democrática y popular.



